

DOCUMENTO

DESPUES DE LA GUERRA de la Restauración el sistema político dominicano fue afectado por una larga cadena de revoluciones, pronunciamientos y golpes de estado que mantuvieron al país sumido en la inestabilidad política durante unos 14 años, esto es, hasta 1879 en que finalmente el Partido Azul, encabezado por el General Gregorio Luperón, logró imponer su hegemonía y, luego de un año de gobierno provisional en Puerto Plata estableció una serie de gobiernos constitucionales de dos años que dieron al país suficiente estabilidad política y ordenamiento constitucional como para permitir la reorganización de la vida dominicana. Esos gobiernos cortos estaban constituídos por los principales líderes del Partido Azul cuya mayor clientela política se encontraba en el Cibao. Las elecciones se llevaban a cabo dentro de acuerdos previos adoptados por los candidatos del mismo partido de manera que los conflictos difícilmente trascendían fuera del partido. Pero con motivo de las elecciones correspondientes al año 1886 el Partido Azul se dividió en dos bandos debido a las aspiraciones constinuidistas del General Ulises Heureaux, quien ya había sido Presidente de 1882 a 1884, violando así la norma de rotación presidencial establecida algunos años antes. El continuismo de Heureaux fue resistido por el ala liberal del partido que reflejaba las viejas tradiciones democráticas cibaenas expresadas desde hacía muchos años en la Constitución de Moca de 1858. Luperón trató de evitar la escisión del partido sin sacrificar el liderazgo de su ahijado político el General Heureaux y, al mismo tiempo, sin la responsabilidad suficiente para hacer frente abiertamente a las aspiraciones de éste. Como se sabe, los más importantes hombres del Partido Liberal se opusieron a ser instrumentos de Luperón y de Heureaux y algunos, como fue el caso de Pedro Francisco Bonó, don Casimiro de Moya y don José María Glass declinaron ser candidatos a una presidencia que se vislumbraba sería manipulada desde bastidores por el General Heureaux y su grupo,

ya bastante teñido de baecistas. Solamente el General Casimiro Nemesio de Moya, espoleado por sus amigos, se atrevió a oponerse abiertamente en la lucha electoral a Lilís. De Moya había sido Vice-presidente de la República siendo Heureaux Presidente en el Período 1882-1884 y, en teoría, era el político quien lógicamente debía corresponderle la candidatura a la Presidencia de acuerdo con la tradición implantada por el Partido Azul. De manera que cuando llegó el día de las elecciones, el 26 de mayo de 1886, el Partido Azul estaba claramente dividido en dos bandos. Pero era evidente, también, que el bando liberal estaba siendo perseguido y amedrentado por las fuerzas militares del gobierno de Woss y Gil que, precisamente, eran comandadas por Lilís quien era, a la vez candidato oficial, Secretario de Defensa. En las elecciones hubo, pues, terrorismo político y militar y se sabe que, además, hubo fraude. El grupo liberal se sintió engañado y estimulado por el General Benito Monción, prestigioso líder de la Línea Noroeste, llamó a las armas y decidió al mes siguiente la violenta pero corta revolución que se conoce en nuestros anales como la Revolución de Moya o Revolución de 1886.

El presente documento nunca hasta ahora había sido publicado. Es la narración, día tras día, que el entonces líder del grupo liberal del Partido Azul General Casimiro Nemesio de Moya hace de los acontecimientos que lo llevaron a encabezar, en contra de su voluntad, aquel movimiento que la juventud cibaëña consideraba debía salvar su honor ofendido por el fraude electoral. Hay muchas lecciones en este documento, siendo unas de ellas la forma en que el liderazgo político debe ser ejercido en ciertas coyunturas político-militares. Aparentemente los escrúpulos del General de Moya, por un lado, y la falta de escrúpulos de algunos de sus seguidores lo mismo que del General Lilís, explican mucho sobre el curso de la revolución y el final de la misma.

En su forma original este documento está contenido en una pequeña libreta manuscrita a puño y letra por el General Casimiro N. de Moya. Esta libreta se encuentra actualmente en posesión del Doctor Pedro Troncoso Sánchez, quien muy gentilmente la facilitó al entonces Director del Archivo General de la Nación Don Vetilio Alfau Durán para ser copiada mecanográficamente. Gracias a la generosidad del Doctor Alfau Durán es que EME-EME Estudios Dominicanos ha podido valerse de su copia para dar a conocer este revelador documento sobre la importante coyuntura política que preparó el terreno para la instauración de la dictadura de Lilís que sometió al país de 1886 a 1899, esto es durante unos 14 años.

Señorita Teresa de J. de Moya Santo Cerro.

A tí, prima mía alma fuerte y generosa, íntima confidenta de mis escrúpulos y perplejidades en los días que precedieron al movimiento revolucionario, quiero dedicar estas Memorias, hijas de mis recuerdos y de mis creencias como un débil tributo de la admiración y cariño que me inspiras.

Casimiro

Turks Islands. Dic. 16/86

MEMORIAS
SOBRE LOS SUCEOS POLITICOS Y EL MOVIMIENTO
REVOLUCIONARIO DE 1886 EN LA REP. DOMINICANA
Y PARTE QUE TOME EN ELLOS.

Cuando en febro. de 1886 principi6 a tratarse en el país de preparar una candidatura para el bienio presidencial del 1ro. Set^e. 1886 al 31 de agosto 1888, hombres de buena fe estaban convencidos de que para evitar una revolución era indispensable que el Gral. Heuroux, que hasta entonces venía disfrutando de una autoridad sin límites, ya por su influencia en el gobierno, ya por su propio prestigio, y la cual solo aprovechaba a su política personal, se apartara un tanto de la cosa pública y prestara su apoyo a una combinación que trayendo nuevos elementos al poder, fuera capaz de establecer una administración adecuada a las aspiraciones del país en aquellos días. De ahí que al pensar por segunda vez el gral. Luperón en proponer la candidatura del Ciudad. Pedro F. Bonó, toda la parte sana y desinteresada de la República, estuviera dispuesta a apoyarla, figurando en esta parte el mismo general Heuroux y yo.

Bien sea que el Sr. Bonó no considerara este modo de presentar su candidatura verdaderamente popular o bien que le faltara la fe que se necesita poseer para poner en práctica ideas que tendrían que tropezar, sin duda, con los inconvenientes que una larga serie de gobiernos de partido ha creado en perjuicio de los intereses generales, fue lo cierto -y fatal- que se negó a aceptar la presidencia, y por su ejemplo otros dos ciudadanos a quienes se les propuso, cuyas circunstancias personales permitían esperar de ellos lo que se

esperaba del Sr. Bonó. ¡Ninguno se creía en el deber de sacrificar por dos años su tranquilidad en beneficio del país!

Tiempo hacía que el partido liberal, que venía combatiendo las tendencias absolutistas del gral. Heureaux, se había fijado en mí para oponerme a ellas; pero yo huía al radicalismo, era amigo personal de aquel, había sido su compañero de gabinete en el gobierno del Sr. Meriño, su Vice-presidente de 1882 a 1884, y en estas condiciones no me creía el mas a propósito para combatirlo, pues si es cierto que mis ideas políticas, señalándome un rumbo distinto al que él seguía, me habían persuadido a separármele, también lo es, que mi ninguna pasión ni prevención contra su personalidad no me permitían ser un adversario adecuado, puesto que no podía poner en práctica -ni para la lucha, ni para el gobierno- otras ideas que las moderadas que inspiraron siempre mi carrera y de ahí mi insistencia por llegar a una solución que me pusiera fuera de juego en la lucha electoral, asegurando, tanto como fuera posible, los intereses políticos que estaba en el deber de defender.

Con ese propósito pedí al gral. Luperón acudiese él a hacerse cargo de la presidencia, solución que zanjaba la dificultad, pero se negó también a ello, y propuso la unión del gral. Heureaux conmigo en una candidatura que designara a aquel para la presidencia y a mí para la vicepresidencia, con igual sueldo los dos y el derecho de elegir tres ministros, cada uno, para la formación del gabinete; combinación que aceptaba el gral. Heureaux.

Creía el gral. Luperón que con ella se pondría cese, por el momento, al conflicto que nos amagaba, y sin duda que hubiera sido así si yo hubiese tenido autoridad sobre el partido p^a. hacerlo acomodar a esta solución que sacrificaba sus ideales; pero no contando con ellas, y aunque en obsequio de la paz pública estuviese dispuesto yo al sacrificio de mi personalidad, no debí aceptar la combinación sin consultarlo y ante su resolución de empeñar la lucha electoral con mi candidatura, o apelar a las armas, de la mejor buena fé me presté a lo primero, con la esperanza de que ejerciéndose el derecho de elección con entera libertad desaparecería todo pretexto de perturbación.

Publiqué el 6 de abril mi programa de gobierno, y los trabajos de propaganda comenzaron en toda la República con el mayor orden y entusiasmo. Era una verdadera fiesta cívica que daba aliento al patriotismo.

Por interés electoral resolvió el gral. Luperón, delegado del gobierno en el Cibao, remover el Jefe Comunal de S. José de las Matas sin el beneplácito del Gral. Miguel A. Pichardo, Gobernador de la prov. de Santiago, y uno de los principales sostenedores de mi candidatura en esa lucha, provocando esta remoción la impremeditada renuncia del gral. Pichardo, que hizo gran daño a nuestra causa y despertó serias alarmas, a consecuencia de todo lo cual fuí invitado por mis amigos del Cibao a pasar a aquellas comarcas en las que se creía conveniente mi presencia, ya para corregir el mal efecto que habia producido la retirada del gral. Pichardo, ya porque se temieran complicaciones y no se me creyera con la garantía indispensable para mi seguridad en la capital. Por consiguiente, salí de ella el 26 de mayo acompañado de mi cuñado el Sr. M. A. Cestero, de los grales. Pablo L. Villanueva y Juan Gómez, de los amigos Ricardo Martinez, Lorenzo Marty hijo, y otros, resueltos a no separar su existencia de la mia en aquellos críticos momentos.

El 28 llegamos a la Vega y fuí objeto de muy entusiasta recepción, como que casi unánime aquella ciudad apoyaba mi candidatura; pero yo no podia participar de ese entusiasmo, porque entraba sabiendo ya que el haber apelado nuestros adversarios al recurso funesto de comprar voluntades para favorecer su causa, habia arrastrado a mis parientes y amigos por la misma senda - dispuestos como estaban a luchar en todos los terrenos en que fueran desafiados; y desde luego se presentaba a mi imaginación el pavoroso cuadro de la administración surgiendo de una lucha apasionada y viciosa, nó patriótica y moderada como se había iniciado. Pero era ya demasiado tarde para retroceder, y como yo, al principiar las cosas, no había formado la opinión sino declarado que me acomodaria a ella, no tenia en ese momento derecho para sustraerme a su imperio, y me entregué del modo mas pasivo a los acontecimientos devorando en lo mas íntimo de mi alma los hondos disgustos que me causaban.

Fué asi que llegaron a realizarse las elecciones en los dias 26, 27 y 28 de junio. El Cibao me dió su mayoría, y esto bastaba para satisfacer el insignificante papel que representaba mi amor propio en este asunto, pues ya habia desesperado del triunfo, que por otra parte no era, del modo que se iba a obtener, muy envidiable tampoco; pero mi pesar fué grande al saber que nuestros amigos de la Capital, de San Carlos, de San Cristóbal, de la Victoria, de Azua, de las Matas, del Seibo, de Samaná, de Sabana de la Mar, de Matanzas & habian renunciado al voto por los abusos a que se entregaron

nuestros contrarios, apoyados en algunas autoridades mal inspiradas y en las armas que tenían derecho a llevar en frente de nuestros parciales desarmados! Cuál sería mi confusión al saber que, sin embargo de haberse respetado el orden y la libertad durante las elecciones en Pto. Plata, seis días después eran perseguidos nuestros amigos y obligados más de cuarenta de allí como lo había sido antes el Gral. Felix Ma. Tavares en Altamira, a buscarse en la fuga garantía contra las ordenes de prisión que comenzaban!

Lejos, pues, de llegar a mi residencia de la Vega las noticias pacíficas que esperaba del resultado de las elecciones en todas partes, llegaron solo los gritos de indignación que lanzaba la ciudadanía engañada, ofendida, subyugada apelando a la virilidad del Cibao para reivindicar los derechos ultrajados en la lid electoral. Yo perdí, por consecuencia, toda la fuerza moral y buena voluntad que en vista de legales procedimientos habría tenido para oponerme a la lucha armada, repugnante a mis ideas moderadas, y la cual muchos deseaban y veían inminente a causa también de un reciente desagrado nacido entre el gral. Luperón y el general Monción; y aunque resuelto a no dirigirla yo por falta de confianza en mis aptitudes guerreras, y porque el gral. Monción se había ofrecido para ello con poder y elementos que a mí me faltaban y venía gozando de sólida reputación militar, debida a su larga y gloriosa carrera, consentí en que mis amigos y yo mismo tomáramos parte en ella, conforme estaba decidido por él: *el dar el golpe a todo trance* -son sus palabras- el 21 de julio.

La resistencia de los generales Mig.¹ A. Pichardo, Elias y Pedro Fernández a tomar parte en el movimiento debilitando mi fe en el triunfo, me hizo titubear y aun ensayar el contenerlo; pero reiterada, a pesar de esto, la declaración del gral Monción y comunicada directamente, por él mismo, a muchos de mis amigos, con fecha 18, llegando a la Vega el 20, día en que había salido de allí para la capital el Presidente Gil, arrebató los ánimos, ya en alto modo exaltados, y los preparó para el pronunciamiento. La revolución a la par que justa, era pues un suceso fatal, imposible de atajar.

La más rudimental experiencia aconsejaba en la Vega la calma, aún después de tomada la resolución, para concordar la reunión de todos nuestros amigos moradores de otras poblaciones, y concertar un plan, ya que nos encontrábamos allí cercados por Moca, Juana Núñez, Macorís, Cotuí y Bonao, poblaciones que nos eran hostiles y que contaban con el refuerzo de 250 hombres de tropa que de

Samaná habían venido a Macorís a las órdenes de los gales. Andrés y Santiago Pérez, para estar a la expectativa de los acontecimientos que se temían. Pero un accidente local nos hizo precipitar en la Vega, y el mismo día que iniciaba el movimiento el gal. Monción en el distrito de Monte Cristi, es decir, el 21, se pronunció La Vega a las cuatro de la tarde.

La mayor parte de los habitantes de la población estaba armada; pero los 30 o 35 militares con que contábamos no lo estaban, y empleamos todo el día 22 en buscar armas para esta tropa que nos era la más indispensable.

En la situación en que nos encontrábamos, con solo 160 o 180 hombres de todas clases armados, resolvimos permanecer a la defensiva respecto de los enemigos que podían atacarnos por los caminos de Macoris, Cotuí o Bonao, y tomar la ofensiva contra Moca, población que importaba ocupar por el efecto moral y porque allí debían reunírse nos muchos amigos que habían quedado comprometidos en las filas del gobierno, por la falta de aviso a causa de la precipitación forzosa de nuestro movimiento. En consecuencia, el 23 se despachó de la Vega el gal. Y. A. Cartagena, acompañado del gal. Man.¹ A. Salcedo y coroneles Pedro Ruiz e Isaias Espinal a la cabeza de 60 hombres escogidos, para esta operación, la cual debía realizarse en combinación con los gales. Merejo y los hermanos Solano quienes me habían ofrecido su concurso para ella y se encontraban ya en Puñal contribuyendo a organizar el campam.^{to} de aquel importante asunto. Cartagena se estableció el 25 por la mañana en la ventajosa posición que ofrece el río de Licey en el camino de la Vega para Moca.

El 24 salieron de la Vega los gales. Sabastian E. Valverde y Pablo L. Villanueva con el fin de unirse en Pontezuela a los gales. Remigio Batista y José Ma. Espaillat, y de acuerdo con el gal. Monción, cuya aparición no podía tardar, concurrir a las operaciones y sitio de Santiago.

Además, para tener a raya a los desafectos que antes del pronunciamiento de la Vega habían salido de allí y formado un campamento en el Ranchito (a 3 o 4 leguas de la población) y p.^a contener un posible ataque de las fuerzas de Macoris, establecimos otro campamento en Barranca, camino de Macoris, casi a la altura del Ranchito, bajo las órdenes del muy decidido y después malogrado coronel Antonio Reyes, campamento que más adelante, en la Jagua, tenía un puesto avanzado bajo las órdenes del Coronel Lucas

Alberto, y ambos se pusieron bajo la superior dirección del gral. Fran.^{co} de la Cruz y Guzmán, para combinar un ataque contra el Ranchito, de acuerdo con el gral. Magdaleno Sanchez, quien ya habia guerrillado aquel puesto con fuerzas de la Vega y ardía en deseos de atacarle con formalidad. Esta operación quedó resuelta para el 28, y el 27 por la tarde se despachó de la Vega al Gral. Magdaleno Sánchez a la cabeza de 60 hombres para que, según la combinación, atacase de frente a la hora dada la posición enemiga, mientras que el gral. Fran.^{co} de la Cruz y el coronel Antonio Reyes, con las fuerzas de Barranca, la atacaría por su flanco derecho. El gral. Magdaleno atacó con ímpetu y tomó la posición, que el enemigo desalojó completamente; pero cometiendo la falta, espontáneamente o por excitación de los compañeros que atacaban por la derecha, de dejarla p.^a correr a darles auxilio creyendolos seriamente comprometidos, no siendo ni pudiendo ser así, dio tiempo a que el enemigo la volviera a ocupar con toda su reserva; y después de haber favorecido a los compañeros, empeñándose, contra el parecer y sin auxilio de estos, en reconquistarla de nuevo, de una manera temeraria, puesto que la gente se negaba a acompañarlo, encontró una muerte heroica, digna de mejor lance, y los demás pretextó para retirarse con todos los síntomas de una derrota, sin embargo de no haberse experimentado ninguna otra pérdida. Pero no podía haberla mas sensible en aquel momento. El general Magdaleno era muy querido; a la reputación de valiente, de que merecidamente gozaba, se unía la ilusión de que era como invulnerable y su muerte hizo temblar a muchos, muy bien reputados también, los cuales consideraron desde luego fatal aquella posición del Ranchito. Así iba naciendo el pánico que ha sido la causa del desastre de la Revolución!

En Jarabacoa, el gral. Felix Alcántara, reuniendo algunos desafectos de allí, habia fraguado un complot con el fin de sorprender la población que desde el 22 habia secundado el pronunciamiento de la Vega, y apoderarse de la Comandancia de Armas; pero denunciado a tiempo, se dió orden de reducirle a prisión el 25, y habiendo tratado de resistir y de hacer uso de sus armas, contra la autoridad, en la misma plaza fué muerto, y con él la idea contra revolucionaria en aquella comun.

El día 30 a media noche fue asaltado nuestro canton de Barranca y desordenado por fuerzas enviadas del Ranchito; pero no perdiendo su aplomo el coronel Reyes, sin embargo de la confusión que reinaba en la oscuridad, reunió unos 16 bravos y reconquistó su puesto, no sufriendo mas que una baja.

Ya ese mismo día se había despachado una guerrilla, a las órdenes del intrépido oficial Roman Abreu, con orden de atacar al día siguiente por la madrugada al enemigo que procedente del Bonaio, bajo las órdenes del gral. Juan A. Morfa, había bajado hasta el arroyo Ramada, y el 31 se verificó el ataque derrotándolo fácilmente y ocasionándole una baja.

Intertanto, por una contradicción inexcusable, los Merejo y los Solano, que, como se ha dicho se habían comprometido a concurrir con Cartagena al ataque de Moca, eludían el compromiso a pesar de mis reiteradas y casi suplicantes órdenes; y libre de amago aquella importante plaza, se decidió a tomar la ofensiva el 28 atacando nuestra posición de Licey, que ocupaba Cartagena, ataque al cual se resistió allí victoriosamente; pero envalentonado el enemigo al ver que por ningún otro lado se le amenazaba, como debieron hacerlo los Merejo y los Solano por el Monte de la Jagua, conforme a mis órdenes y a su ofrecimiento, repitió al ataque con mayores fuerzas el 1.º de agosto, a medio día, hora en que se encontraba casi abandonado el campamento, logrando desorganizarlo y obligando al gral. Cartagena a retirarse con las fuerzas que le quedaban sobre la Vega, y a renunciar por entonces a la necesaria operación contra Moca. Este inmerecido fracaso de nuestro plan por ese lado, debido a una falta censurable, pero siguiendo al experimentado ya en el Ranchito, quebrantando los ánimos, hizo muy precaria la situación nuestra en la Vega.

Por el lado de Santiago los asuntos iban mejor. El día 26 había aparecido el gral. Monción a la cabeza de una columna, fuerte de seis o setecientos hombres, y había resistido victoriosamente en el Hato del Yaque el primer ataque que dirigieron contra él desde Santiago; había atacado y tomado en las Lavas, el 28, un Convoy de municiones que venía de Pto. Pta. a las órdenes del gral. Juan Garrido y Pichardo; había derrotado en Pontonsito, el 29, algunos descontentos que se habían reunido bajo las órdenes del gral. Juan Fernández, y por último, el 1.º de agosto, había obtenido su brillantísimo triunfo del Hoyo de Lima contra nuevas fuerzas de Santiago, causando unas 40 bajas al enemigo, quitándole desde entonces el brío para volverlo a atacar, y, definitivamente, su comunicación con Pto. Plata por el camino principal. Todas las demás vías que a esa importante ciudad conducen, con excepción de la que por Otra Banda viene de San José de las Matas, población que nos pertenecía lo mismo que la de Mao y Jánico, estaban ocupadas por campamentos nuestros, y sólo se necesitaba que haciendo lo mismo con la de Otra Banda, y

estrechando el cerco, se la obligara a capitular falta de recursos para resistir.

El 2 de agosto nos llevó un amigo nuestro a la Vega la noticia de que había dejado el 31 por la noche en Cevicos al gral. Heureaux a la cabeza de una columna de 700 hombres procedente de la capital, y en el estado en que estaban los ánimos allí, a causa de los primeros reveses sufridos, la nueva produjo grande impresion. La situación no era desesperante, sin embargo, y desde luego despachamos correos en todas direcciones, p.^a tratar de efectuar una concentración de fuerzas en la Vega, que nos permitiera presentar en línea siquiera 400 hombres, para arriesgar una batalla, cuyo éxito posible habría sido, incontestablemente el triunfo de la revolución; y dispusimos que se atacara de nuevo el día 3 al enemigo que había vuelto a Ramada, para descubrir, por este medio, si el gral. Heureaux había enviado parte de sus fuerzas por ese camino. El ataque se confió a los decididos oficiales Miguel Guzman, Pedro Lasala y Roman Abreu, y la poca resistencia que hizo el enemigo nos permitió conocer que no había sido reforzado, y que, por consecuencia, la columna del gral. Heureaux había debido venir al Ranchito para agregarse las fuerzas de allí y las de Macoris.

Pero los 400 hombres a que aspirábamos en la Vega no podían reunirse sin el concurso de las fuerzas que operaban sobre Santiago, y pedí un contingente racional a cada campamento; no escondiendo a ninguno nuestra angustiosa situación. El 3 me contestaba el gral. Elias Fernández, de Puñal, lo siguiente: "Recibí sus dos comunicaciones de fecha de ayer. He comunicado a los Merejo y Solano, así como al Coronel Boboco, la orden de marchar para esa cabecera según lo dispone Vd. Ellos aguardarán las fuerzas que vengan de la Pontezuela para unirse a ellas y marchar en auxilio de esa plaza". Pero los demás comandantes, incluso el del gral. Monción negaron el concurso, y el 4 ya el gral. Elías Fernández solo lo ofrecía, para incomodar por retaguardia a la columna que se estaba organizando en Moca, según se le había comunicado de allí, para concurrir al ataque general combinado por Lilis contra la Vega .

! Debo hacer excepción especial de los esforzados gcales. Sebastian E. Valverde y Juan F. Fernández, quienes, ya que no podían conseguir otra cosa volaban a prestarnos su auxilio individual en aquellas circunstancias.

Pero conocida de todos los nuestros la negación de los refuerzos que se habían hecho esperar, experimentamos una que otra sensible

desercion y se pronunció mas el enfriamiento general, el cual nos colocaba en esta terrible disyuntiva: o aceptar un combate con la seguridad de la derrota, o desocupar la Vega para acampar en un puesto ventajoso para la defensa, en el cual no nos pudieran envolver, y optamos por este forzoso extremo el 5 a medio dia, verificando la desocupacion por la tarde para acampar en el Zanjon y en Guaco Hondo, posiciones, defendidas por la naturaleza del terreno, que se encuentran a una legua de la Vega, la 1ra. al O., camino de Jarabacoa y la segunda al N.O. en el de Santiago. La fácil comunicación entre estos dos puestos, por un camino de travesía, contribuía, a nuestra perfecta seguridad por la ventaja de protegerse mutuamente.

Para tropa organizada o para gente con más práctica de la guerra, la operación no podia ser mas acertada, y lo prueba el que sin embargo de los reiterados combates que sostuvieron nuestros valientes, delante de dichas posiciones jamas llegó el enemigo a ellas, y pudieron conservarlas enfrente y apesar de él hasta que por un convenio, que los honra, se quiso poner término a la lucha 75 dias despues; pero los ignorantes en estas evoluciones consideraron como derrota de retirada, sin embargo de no haber habido un disparo, y bajo esta mala impresion creian que las fuerzas del gobierno llevarian siempre la ventaja en los encuentros, y comunicaban el desaliento de su ánimo pr. todas partes.

Establecidos como se ha dicho los dos referidos campamentos, que obligaban a las fuerzas del gobierno a distraer gran parte de ellas para conservar la Vega, y puestos bajo la competente y superior dirección de los gales. J. C. Portalatin y Norberto Tiburcio, ayudados de buenos oficiales como los gales. J. A. Cartagena, M. Tiburcio, Tomas y Rudecindo Concepción, Fran.^{co} Ant^o. Clisante, Fernando Lapé, y coroneles Gregorio García, Pedro Lasala, Antonio Reyes, Roman Abreu, Pedro Ruiz, Nicolás López, Marcelino Aracena & no teniendo ya nada que hacer allí, pues que todo se esperaba de la ocupacion de Santiago, en cuyo cerco estaban emplanados de 800 a 1000 hombres, resolví pasar al campamento del gral. Monción, centro de la Suprema dirección de la guerra, contando con que mi opinión ayudaria a activar y organizar las operaciones, y acompañado de mi cuñado M. A. Cestero y en clase de E. M. de los parientes y amigos Ricardo Pimentel, Dimas y Samuel de Moya, Domingo Fernández, Lorenzo J. Perell hijo, Ricardo Martínez, Lorenzo Monty hijo, C. Armando Rodríguez, Elizardo Guerrero, Santiago Jimenez y Pablo García, salí el 6 del Zanjon, visité el 7 el campamento de López que mandaban los gales. Eugenio Valerio, Nolasco Fabian y Juan Genao, llegue el 8 al de Zalaya, que estaba bajo las órdenes del

gral. Eloy Valerio, y a las cinco de esa misma tarde alcanzábamos el fin de nuestra jornada atravesando Otra Banda y entrando en el de La Emboscada, adonde se encontraba el gral. Monción.

Desde que hice esta travesía saltó a mi vista el que no estuviera cubierto el camino y ocupada la ventajosa posición de Otra Banda, desde cuyas alturas se domina la fortaleza de San Luis, único asilo de los defensores de Santiago, se ven todos los movimientos de tropa que se hacen allí y la dirección que estos toman y es indispensable además para cerrar y estrechar el cerco de la plaza; así fue que el día 9 manifesté al gral. Monción mi parecer, bien claro a este respecto, que era, por otra parte, el de la generalidad de los demás campamentos y le signifiqué que no debía esperar que lo hicieran los grales. Victorino Torres y Juan E. Ureña con las fuerzas de San José de las Matas, como lo había dispuesto él, porque yo había encontrado dichas fuerzas (80 hombres) en Dicayagua, en tal estado de pavor y desmoralización, por miedo a un ataque del coronel Manuel Estévez, quien andaba por allí con 25 o 30 hombres, que no se podía confiar en ellas. El gral. Monción me ofreció que su columna misma iría a tomar la Otra Banda; pero que le era preciso subordinar esta operación a un ataque que meditaba contra el enemigo, procedente de Pto. Pta. que se acercaba y acampaba ya en el Limón. Era justa la observación y no insistí y el 10 por la tarde levantamos el campo con dirección al Limón. El 11 a las 9 a.m. se atacó al enemigo por el frente y por su retaguardia, se le derrotó completamente haciendosele algunas bajas, se le tomaron sus provisiones, 51 mudas de ropa, sus caballos, algunas armas y municiones y lo que era muy importante, entre los prisioneros que habíamos hecho se encontraba el gral. Juan Garrido y Pichardo que mandaba el puesto. Con tal gloria y estos trofeos y sin que hubiéramos experimentado sino una baja volvimos a ocupar sin inconveniente nuestra fuerte posición de la Emboscada el 12 a medio día.

Realizada esta operación de un modo tan satisfactorio volví a insistir sobre la indispensable ocupación de Otra Banda; pero entonces había el inconveniente de la carencia de municiones, agotadas un poco por el último combate y el gral. Monción la aplazaba para cuando recibiera la provisión que había mandado buscar a Guayubín.

Mientras tanto, no habiendo podido el gral. Heureaux pasar de la Vega para Santiago por sobre el campamento de Guaco como tal vez lo pensó al hacerlo atacar el 8 la flaqueó tomando el camino de Moca, y envió de allí para Santiago el día 9 por el camino de las

Palomas, una columna como de 200 hombres, la que no habiendo encontrado en ese tránsito fuerzas suficientes para disputarle el paso logré penetrar casi inconveniente, consiguiendo él y su E. M. por medio de un rodeo entrar también en Santiago sin ser absolutamente incomodado. Quedaba pues, reforzada la plaza.

Si el cerco de ella hubiera estado en la zona que la experiencia aconsejaba, es decir, lo más inmediato posible a la población, para que todos los puestos hubieran podido favorecerse mutuamente en menos de una hora la entrada de este refuerzo no habría podido tener lugar o solo después de pagar onerosamente el paso quizás tras un desastre como el sufrido por el gral. Miches en operación igual, el 18 de agosto de 1876.

De Santiago volvió el gral. Heureaux a Moca, hacia el 13 ó el 14 para tratar de conquistar, por medio de su diplomacia lo que tal vez desde entonces desesperó de obtener a viva fuerza: escribió a muchos de los principales jefes que militaban bajo las banderas de la revolución, que aunque en esos días quizá ninguno pensó en renunciar a la lucha armada que con tanta espontaneidad se había emprendido y estaba en auge, no dejó de pesar algo su correspondencia astuta en ciertos espíritus carcomidos por la duplicidad. Empleó en esto más tiempo del que hubiera podido esperarse de su habilidad militar pues que daba lugar a que sus contrarios, si hubiesen sido más resueltos, se hubieran concentrado de Ponzuela a Puñal para darle una batalla en Moca, como se pensó y se convino en el Campamento del gral. Monción el 19, no pudiendo ponerse en práctica el pensamiento, tomando allí mismo la iniciativa en el acto, como debía ser, porque no habían llegado aun las municiones que se esperaban. Llena ya de impaciencia por la inacción que enervaba nuestras fuerzas y consumía nuestros recursos sin provecho ninguno, salí de la Emboscada el 20 con el propósito de llegar hasta Guayubín, si era preciso, para apresurar el despacho de las municiones; pero al llegar a Mao, a las dos de la tarde, supe que el convoy estaba en camino y que entraría allí dentro de poco. De Guayubín nos enviaban 6000 cápsulas y anunciaban la remesa inmediata de 4000 más, que habían mandado buscar a Monte Cristy o Dajabón. Hice continuar el convoy el día 21 y llegó esa misma tarde con toda felicidad a la Emboscada, pasé ese mismo día a Guayacanes para imponerme de los movimientos que hacía el enemigo por los Ranchos y el 22 me reuní de nuevo al gral. Monción.

Allí nos esperaba una triste nueva. El festivo, inteligente y

entusiasta joven Lorenzo J. Perelló hijo, (Puchulo) que desde el pronunciamiento de la Vega me venia acompañado en clase de Secretario, habia muerto el 21 por la noche de una traidora maligna fiebre que asaltó, despues del combate del limon, su constitucion débil en extremo fatigada ese dia por los movimientos, de el sol, la lluvia y el ayuno. El tan jóven, encarnación pura de todas las ideas generosas que inspiraban la causa revolucionaria moria tras el primer triunfo de que fuera testigo y colaborador en esa lucha: como a la Providencia hubiera querido redimirlo asi del dolor de haberla visto fracasar. 'Feliz Puchulo; descansa en paz!

Llegadas las cápsulas, ¿qué inconveniente podia haber entonces para marchar sobre Moca contra el Gral. Heureaux. Hubo uno, sin embargo, para el gral. Moncion, y era que esperándose 4.000 cápsulas mas, no creia en poder del enemigo -Pues vamos a ocupar mientras tanto la Otra Banda, propuse al gral. Moncion, impaciente porque nos moviéramos- Convino en ello, y como el creía prudente llevar a cabo esta operación en concierto con el gral. El y Valerio, que era el mas próximo a aquel punto la deseaba y se habia ofrecido a concurrir a ella, yo mismo me puse a redactar las órdenes e instrucciones concernientes al caso. Era el 23 por la tarde y se fijaba pa. el 25 por la mañana, debiendo nosotros ponernos en movimiento el 24 por la noche; pero habiendo durante este dia el gral. Monción excitaciones de los demas campamentos, para que nos aproximásemos todos a fin de estrechar el cerco de Santiago se aplazó de nuevo la realización de la fácil e indispensable ocupación de la Otra Banda, e hizo dar las ordenes correspondientes para que todos los campamentos avanzaran el 26 por la mañana y ocuparan el punto que era designado a cada cual. Nosotros fuimos a ocupar la cuesta de Rafael, tomamos posición en ella y allí pasamos el dia 26; pero por la tarde, no juzgando el gral. Monción bastante defendida la posición, descubierta como estaba la Otra Banda, que nos quedaba a la derecha con el rio Yaque de por medio, sobre cuyos barrancos se apoyaba esa a la nuestra, dispuso que retrocediéramos de nuevo a la Emboscada y así lo ejecutámos. Los demas campamentos no realizaron su movimiento de avance por varias causas, y el de López porque estaba negado a ello el gral. Eugenio Valerio mientras perteneciera al enemigo Otra Banda, que lo amenazaria e incomodaria por la izquierda.

Así que, se habia trastornado la operación sobre Otra Banda, por preferir la de la aproximación, y esta fracasaba tambien, en parte por no haberse realizado aquella y en parte por otras causas. El miedo jugaba gran papel. Era para desesperar, y si yo no me hubiera considerado con mas obligación que nadie a sufrir con paciencia estas

contrariedades y el fastidio y descorazonamiento que iba engendrando la inacción, desde aquel momento me habría separado del gral. Monción, y aun de la causa revolucionaria, como era parecer de algunos amigos personales míos pero yo no hubiera abandonado nunca la revolución voluntariamente y aunque habría podido irme desde entonces para los campamentos establecidos sobre la Vega, me era triste partir hacia ellos sin poderles llevar la seguridad de nuestras operaciones sobre Santiago en las cuales se cifraban las esperanzas de todos, quedaban en buen pie, cuando yo las veía encaminarse a un abismo. Doblé pues, pasivamente la cabeza y me resolví a esperar.

Intertanto, sin probabilidades ya el gral. Heureaux de obtener buenamente la sumisión que había solicitado de algunos jefes de campamento, concertó el ataque del de Pontezuela con fuerzas de Moca y Santiago, y salió de la primera de esas poblaciones desde el 26; pero advertidos a tiempo los grales. Remigio Batista y Pablo L. Villanueva, fueron personalmente a participárnoslo a la Embiscada el 27 por la mañana, contando, como era natural, con que estaríamos dispuestos a realizar el pensamiento que este día atrás habíamos concebido y comunicado: de atacar, con la mayor cantidad de fuerzas que se pudieran reunir, al Gral. Heureaux, tan pronto como se presentara oportunidad. “Esta era, sin duda, y propusimos al gral. Monción que marchásemos con todas las fuerzas al encuentro; pero se negó a ello, porque había recibido el parte de que estaban ya en camino las otras 4.000 cápsulas tan esperadas y quería aguardarlas. Recomendó, sin embargo, a los grales. Batista y Villanueva que volvieron pa. su campamento inmediatamente y que si se confirmaba la noticia del ataque de Lilis dieran nuevo aviso pa. resolver algo que los favoreciera.

A las nueve de la noche volvió el infatigable gral. Batista con la seguridad de que serían atacados a la mañana siguiente por fuerzas procedentes de Santiago y de Moca, estas últimas al mando del gral. Heureaux.

Fue pues a esa hora que dispuso el gral. Monción enviar refuerzo al campamento de Pontezuela, y designó para ello a los 35 ó 40 jóvenes que componían el cuerpo de puertoplataños, a las órdenes del gral. Felix Tavares, al cual se unieron el Gral. Juan Pablo Pichardo y de mi E. M. los jóvenes Ricardo Martínez y Elizardo Guerrero. Dióse además orden al intrépido e incansable gral. Pedro Tomas Martínez, jefe del Campamento de Arroyo Piedra pa. que con la gente bajo su mando se agregara al gral. Tavares y concurreniera a la defensa de Pontezuela. Adicionados estos cuerpos daban unos 80 o 90 hombres.

En la mañana del 28, pues, el campamento de Pontezuela, bajo las órdenes de los gales. Remigio Batista, Pablo L. Villanueva y José Ma. Espailat, contando con oficiales tan decididos como Bruno Marmolejo, Arístides Patiño, Palomo y Juan Añico, Teófilo Cordero, Chucho Germosen, Agustín Morales y otros no menos dignos de especial mención, resguardando por el lado de Gurabo por el distinguido gral. Zoilo Suarez, jefe del Campamento de allí a la cabeza de 40 ó 50 mocanos escogidos, se encontraba en imponente actitud esperando el ataque, por su frente hacia Santiago y por su retaguardia, confiada al gral. Cartagena, hacia Tamboril.

De Santiago salieron tres columnas para concurrir a esta ataque: una de 150 hombres al mando del gral. Pedro Pepin, que debía unirse a la del gral. Heureaux para atacar por el camino que viene de Tamboril, otra, de igual fuerza, mandada por los gales. Leopoldo Espailat y Maximiliano García para atacar de frente; y la tercera, fuerte de 75 hombres y dirigida por el coronel Gregorio Polanco, debía avanzar por el camino de Gurabo y torciendo a la derecha caer en el centro del campamento sin tropezar con las fuerzas que tenían los nuestros en ese camino. Contaban además con otra de Pto. Pta. mandada por el Gral. Ml. Ma. Almonte, para que cayera por la espalda del sitio que se quería conquistar.

La que venía de frente, mandada por los gales. Espailat y García, llegó la primera y abrió sus fuegos a las ocho; pero hora y media después estaba completamente batida, con numerosas bajas y puesta en fuga, dejando prisioneros a sus jefes los dos citados generales. De nuestra parte hubo dos bajas: una de ellas la muy sensible del coronel Bruno Marmolejo, mortalmente herido.

Este combate se verificó y decidió sin que fueran simultáneamente atacados los nuestros por retaguardia, como se había esperado y como los brillantes trofeos embriagaron a los vencedores hasta el extremo de descuidar el interés de completar la jornada, se creyeron también dispensados los gales. Félix Tavarez y Pedro Tomás Martínez, que habían concurrido a la acción tan felizmente terminado de atender al otro combate que ofrecía el gral. Heureaux, entrando ya al centro del campamento por el camino de Tamboril, y se fueron con sus fuerzas y los dos importantes prisioneros para la Emboscada.

Pero lo más estupendo era que el gral. Heureaux llegaba con su columna, ya unida a la del Gral. Pepin, después de haber pasado por delante del gral. Cartagena, sin que este le disputara a paso, como

debió hacerlo y ni siquiera le tiroteara para molestarlo; falta que acusaba en el gral. Cartagena un acobardamiento que se le venia echando en cara desde el principio de la revolución, y de cuyo cargo, muy fundado hasta entonces, solo pudo relevarse el dia de su heroica muerte. "Infeliz!

Se habia pues, ganado la jornada porque se destrozó una columna, cogiéndose prisioneros dos oficiales importantes y haciendo fracasar el meditado plan del gral. Heureaux, quien en cambio, no podia vanagloriarse sino de haber realizado un paseo por el campo enemigo; pero quedaba personalmente íntegro con las fuerzas bajo su mano, aunque a las cuatro de la tarde se le obligaba a emprender la retirada sobre Santiago tiroteado por seis o siete de los nuestros, que se habian emboscado en los alrededores de la sabana que ocupó en Pontezuela; cabiendo igual suerte al gral. M. Ma. Almonte, que a las cinco acudia a la cita que se le habia dado para por la mañana... Así que, este fue un triunfo a medias, aunque bastante halagador para persuadir definitivamente al Gral. Monción a empeñar una batalla con el gral. Heureaux, tan pronto llegaron las municiones anunciadas.

Llegaron estas el 30 y el 31 emprendimos la marcha por la mañana para Pontezuela, con el propósito de atacarle, pues se nos dijo que habia vuelto a establecerse en las inmediaciones de Tamboril a Moca. El 1ro. de Setbre. se empleó el tiempo allí en adquirir precisos datos sobre la posición que ocupaba el enemigo para resolver el plan de ataque. Este se hallaba en la Ceiba de Madera, bajo las órdenes del gral. Andres Regalado a dos leguas de Moca, mientras que el gral. Heureaux, que se encontraba en aquella población, salia de ella por la tarde para Pto. Plata.

Se convino en consejo celebrado al efecto, en atacar el 2 por la mañana con 200 ó 250 hombres la posición de la Ceiba de Madera, confiando la dirección de este ataque a los gcales. Remigio Batista, José Ma. Espaillat y J. A. Cartagena, y continuar la operación contra Moca si el ataque daba buen resultado. Pero variando de parecer el gral. Monción, dispuso el 2 por la mañana que todas las fuerzas se pusieran en marcha, sin comunicar a nadie su proyecto; pero era un buen pensamiento si tenia el propósito decidido de que siguiéramos detras del enemigo -una vez derrotado- a apoderarnos a todo trance de aquella cabecera.

A las ocho se empeñaba ya toda nuestra vanguardia en la Ceiba de Madera con nutridísimo fuego, y opinando los gcales. Cartagena y Juan Gómez porque se dividieran las fuerzas para desplegarlas mejor

y atacar tambien al enemigo por su flanco derecho -maniobra que hubiera sido felicísima- se empeñó una acalorada e inoportuna discusion entre estos y el gral. Batista, para terminar la cual apeló este a la superioridad oficial que tenia sobre ellos, y ordenó, en términos absolutos, que continuara el ataque tal como se habia comenzado, es decir, tendidos o agrupados los nuestros en el camino y los contrarios desplegados a ambos lados y de frente formando una especie de semicírculo, protegidos ademas por árboles que les aseguraban ciertas ventajas. Despachado el gral. Cartagena por aquella contradicción, y mas aun por los términos en que se le hacía, lanzóse lleno de ira a la primera fila con el propósito de arremeter al enemigo; pero una desacarga a quema ropa le derribó del caballo atravesado por tres balazos y murió instantaneamente. Esta desgracia produjo alguna confusión en aquella fila; pero alentada de nuevo, redobló su fuego, disputó y conservó el cadáver de su infortunado general, hirió a su vez al gral. enemigo, A. Regalado, rompió su centro, apagó su fuego y le arrebató la posicion. Pero hicimos alto en ella, apesar de haber opinado el gral. Batista por avanzar y pedido autorización para ello, porque el agotamiento de las municiones, en las fuerzas que habian tomado parte en la accion, hizo negarse resueltamente al gral. Moncion a consentir en el avance, aunque conservaban integras sus cápsulas las que no se habian batido, y de las cuales formaba parte nuestra caballería, que no contaba aquel dia menos de cien jinetes.

Si el gral. Cartagena no hubiera muerto, él, que habia sido el mas decidido por la marcha a Moca, y que mandaba un cuerpo de 40 o 45 mocanos, que se mostraban impacientes por conquistar y ocupar su pueblo y hacian parte la guerilla no se habria detenido seguramente para esperar conocer la opinion de nadie, sino hubiera seguido tras del enemigo que huia sin dar tiempo a que las reflexiones de una prudencia excesiva le hubiesen cortado el vuelo en aquel entonces -dichoso dia, y nos habría arrastrado en triunfo a una importante cabecera de provincia, en la cual entraron los vencidos en la mas completa desmoralizacion, llenos de pavor, pregonando su importancia y resueltos por ella a abandonarla, como se la hicieron abandonar inmediatamente a algunos habitantes no dudando de nuestro avance; y ! cómo hubiera cambiado entonces la faz de las cosas, con el gral. Heureaux, en Pto. Plata, sin fuerzas, acusado tal vez de haber abandonado las de Moca, que dudaban destrozadas y dispersas, cortado enteramente de la comunicacion con Santiago y ya entónces en aptitud nosotros de seguir para la Vega, para Macoris, para la Capital, con una columna de 400 o 500 hombres, que se habría formado con fuerzas de Moca, adonde teniamos tantos

amigos, y con parte de las de Puñal y López y todas las que operaban sobre la Vega, a fin de que las del gral. Monción hubieran podido volver a ocupar su puesto en el sitio de Santiago! ...

Pero nuestra causa parece que estaba herida por la fatalidad, pues solo así puede explicarse el triste fin de algunos de sus mas ardientes defensores y la pusilaminidad o ineptitud no acostumbrada de otros, para que todo contribuyera a producirle inesperado desastre!

Despues de permanecer apenas una hora en el sitio que ocupaba el enemigo, empleada en infructuosa discusión sobre el avance, y sin batir siquiera el campo conquistado en toda su extensión, ni tener mas trofeos que algunos prisioneros entre los cuales se encontraba el jóven coronel Adolfo Cabrera, se ordenaba la retirada, y al verificarla mas parecíamos vencidos que vencedores en aquella feliz y tan mal aprovechada jornada. Sacábamos de ella diez heridos, enterramos allí mismo un muerto y yo iba, presa de las mas tristes impresiones, a dar mi último adios a Cartagena en el cementerio de la ermita de Tamboril, adonde había hecho conducir su cadáver por los compañeros Isaias Espinal, Pepe y Pablo Baez.

El 3 regresamos a la Emboscada y aquella misma tarde ya recibíamos noticias del estado de abandono en que se encontraba Moca y de la facilidad de ocuparla con cualquier amago; pero no habia quien se decidiera a ello, porque habían visto al gral. Monción retirarse con su fuerte columna; y aunque el gral. Sebastián E. Valverde, que espontaneamente nos había acompañado al ataque del 2 junto con los grales. Rodolfo Tejada, Juan Fco. Fernández y Ciud.º José de Jesus Alvarez, pensó hacerlo con las fuerzas que tenia a sus órdenes en Puñal y recibió autorización para ello del Campamento General, se negaron a seguirle. Era casi natural y no podiamos hacer reproches a nadie!

Aun quise insistir por última vez en la ocupación de la Otra Banda, abriendo camino al gral. Monción para que no se comprometiera personalmente en la operación, y le pedí la confiara a una guerrilla volante de 30 hombres, que habiamos organizado con gente de allí mismo, bajo las órdenes de los coroneles Vicente Jorge y Eloy Núñez, y la concurrencia del gral. Eloy Valerio y del gral. Rafael Rodríguez, Jefe del Cuerpo de Sabanera, el cual se me había brindado para llevarla a cabo con esos elementos, que eran muy suficientes, pues se sabia que en Otra Banda no habia mas de 35 o 40 hombres durante el dia, a las órdenes del gral. Tomas Dias, y por la noche nadie; pero me objeto, "que no se debía emprender nada sino

con todas las fuerzas de que disponíamos, porque temia que el menor fracaso quebrantara el ánimo de toda la columna, y la necesitábamos, con todos los elementos de que podíamos disponer, para atender a Lilis." Esto fué el 7 de setbre. y disgustado ya en sumo grado por la marcha de los sucesos y mi ninguna influencia para hacerlos venir hacia mejor rumbo, palpando la desmoralizacion que iban provocando las murmuraciones de todos los oficiales superiores, cansados ya de ver que no se hiciera nada de provecho, resolví separarme de él el dia 8, e irme a los cantones que operaban sobre la Vega, adonde, aunque tampoco podria hacer gran cosa por escasez de elementos, tendria siquiera la satisfacción de estar entre mis parientes y amigos personales. Esa misma tarde le comuniqué mi resolucíon, declarándole con franqueza que habia nacido de mi deseo de hacer algo, si podia, por aquel lado. El se conmovió con este anuncio -no puedo negar que me trataba con mucho afecto- y enseñándome una carta que acababa de recibir, en la cual se le anunciaba que el gral. F. Lithgow habia llegado a Altamira con fuerzas de Pto. Plata y reunia allí las de los Ranchos y de los contornos, me dijo: "Ahí nos espera un nuevo triunfo, pues Fedé caerá en poder nuestro lo mismo que cayó Garrido, porque el se lanza a la pelea: espérese hasta que lo obtengamos y yo le ofrezco acompañarlo despues a tomar a Moca.

Acepté la proposición la comuniqué al gral. Sebastián E. Valverde, al cual habia pensado unirme yo para que abráramos independientemente de las inspiraciones del Campamento General, y resolví quedarme hasta que se verificara el ataque, el cual pensamos desde luego no empeñarlo sino en el Limón o en las Lavas y esperábamos que pudiera ser al siguiente dia, contando con que aquellas fuerzas avanzarian.

Mandamos espiarlas aquella misma noche; pero en nada de avance pensaba el gral. Lithgow y bien establecido con una avanzada en la loma de la Cumbre, en la cuesta nombrada el Aguacate, camino real de Santiago, y otra en el Alto de la Sierra, camino que sale por Guanábano el de Guayubín, permanecia tranquilo y seguro en Altamira.

Ya fuera porque la inaccion causara al mismo gral. Monción, ya porque a él y al gral. Felix Ma. Tavares, práctico del lugar, pareciera fácil obtener el triunfo sin embargo de las ventajas que proporcionaba al enemigo su posición el dia 13 se resolvió marchar contra él, y a las 6 1/2 de la tarde nos pusimos en movimiento con todo sigilo, contando sorprender por la madrugada por el camino, de Guanábano y ocupar Altamira, mientras se le atacaria tambien de

frente en el Aguacate. La operación del camino de Guanábano fué confiada al gral. Felix Ma. Tavares con su cuerpo de puertoplateños y se le agregaron con sus respectivos cuerpos, los gales. Pedro Tomas Martínez, Rafael Rodríguez y Luis José Sarda, Jefe este último de las fuerzas de Guaraguano, formándose un conjunto de unos 200 hombres; y a las dos de la madrugada del 14 se despidió de nosotros para comenzar su evolución. Quedábamos con otra fuerza proximately igual, compuesta del cuerpo de Guayubín, bajo las órdenes del gral. José Polo; del de Mao, bajo las de los valientísimos hermanos coroneles Francisco y Eusebio Rojas; de la guerrilla de Otra Banda, mandada por sus jefes los coroneles Vicente Jorge y Eloy Núñez, y de la caballería, formada por el E. M. del gral. Monción y por el mio, para atacar por el frente.

Alerta el enemigo por todas partes no fue sorprendido y en el empeño tenaz de arrebatarle a viva fuerza sus posiciones por ambos caminos, experimentamos sensibilísimas pérdidas entre ellas la del intrépido gral. Tavárez, herido mortalmente y la de los esforzados hermanos Rojas, muertos instantáneamente sin que alcanzamos la mas mínima ventaja por ninguna parte. La retirada fué forzosa para ambas columnas, y así se dispuso en cada una; pero como el enemigo habia sido mas fuerte por las posiciones que por sus brios, no se atrevió a dejarlas para perseguirnos y la realizamos con el mayor orden, haciendo nosotros alto en las Lavas, punto de partida adonde llegábamos los primeros. Allí se nos reunió de nuevo la columna que habia mandado el infortunado gral. Tavares, el cual habia quedado en los brazos de su heroica madre, que vivia en el mismo Guanábano, y continuamos hasta Palmarejo para dar descanso y racion a la tropa y curar nuestros heridos, que eran doce.

A las cinco de la tarde seguimos nuestra marcha para la Emboscada, llegando allí a las siete y media de la noche. Mucha gente se habia quedado rezagada por el cansancio, otra se escondía por la misma causa, pa. escapar al servicio aquella noche. La jornada del dia habia dejado como era natural, desconsoladora impresion, y ubiéndose a este estado la noticia que se le dió al gral. Monción por un amigo -traidor quizás- de que seria al dia siguiente atacado por el gral. Heureaux con *mil hombres* los hizo proponer el abandono de aquel ventajoso puesto para continuar la retirada hasta Mao. Yo quise impedirlo y le ofrecí reforzar personalmente. La principal avanzada acompañado de mi E. M. pero excitado a persistir en esa idea por el gral. Juan Gómez, quien tal vez de buena fe creia que en los terrenos del distrito q.^e mandaba el gral. Monción la guerra seria mas ventajosa

para este, y me recordó lo que él había hecho por allí en 1876 despues de haber sido derrotado en la Vega, y a mi no me parecia tampoco difícil que pudiera rehacerse y moralizarse la columna adonde estábamos o mas allá, p.^a volver de nuevo a tomar la ofensiva, no pensé en dejar de seguirle. Empleaba el tiempo necesario para participar esta resolución, justificándola lo mejor que se podia, a los demas campamentos y dejarles instrucciones; y a las diez de la noche nos pusimos en marcha atravesamos el Yaque, llegamos a las dos de la madrugada al Hatillo e hicimos alto para descansar algunas horas. A las siete continuamos la retirada, llegando a las doce del dia 15 a Amina, caserío adonde hicimos alto para recionar y al fin nos establecimos, sin embargo de ser un llano enteramente abierto y con un rio a la espalda, porque el gral. Monción creyó que el enemigo, cometiendo la misma falta que habíamos cometido nosotros en nuestros lances venturosos, no nos perseguiria hasta allí. El 17 le propuse, en vista de algunas noticias que nos llegaban que enviáramos a hacer un fuerte reconocimiento por el camino de (la Emboscada) Santiago, y aun a ocupar la Emboscada si se podia con cien hombres, o que dejáramos aquel sitio descubierto para ir mas atras del otro lado del rio de Amina o del de Mao, o ocupar una posoción ventajosa pa. la defensiva de la cual él mismo me habia hablado; pero obstinado siempre en creer que el enemigo no se separaria de Santiago para atacarnos alli, desatendió mi consejo, prudente y acertado respecto al cambio de posición, y en cuanto al (cambio de posición) reconocimiento, pensó en que lo haríamos para ponernos definitivamente en marcha el día 20, lo anunciamos asi a los demas campam.^{tos} y encargó al gral. Petit Peñaló que saliera con algunos jinetes a explorar el camino de Santiago y a adquirir noticias.

A las ocho de la mañana del 18, volvió este dando la seguridad de que el camino, hasta el Hato del Yaque, esta franco, y que de Santiago no se habían movido fuerzas -Ni moscas hay" decía- Nos traia ademas un correo del campamento de López, con comunicaciones del inquebrantable amigo gral. Sebastián E. Valverde. Este esforzado compañero nos anunciaba "que de acuerdo con los gcales. Remigio Batista y Pablo L. Villanueva que se le habian reunido en Puñal conforme a la opinion que se les habia manifestado al retirarnos de la Emboscada, habia ido a López el 16 para concertar una reunion de fuerzas y atacar y tomar con ellas a Moca, con lo cual coregirian el mal efecto causado por nuestra retirada". Le contestamos felicitándolos por esta resolucion y estimulándolos a ponerla en práctica; y lleno yo de ilusiones aun respecto del concurso y decisión que esperaba encontrar en el distrito de Monte Cristi, escribia a este amigo: "Si tenemos la suerte de que Lilis salga en

persecución de nosotros con las fuerzas de Santiago, quedarán Vds. en aptitud de moverse a su antojo para hacer todo lo que quieran mientras lo entretenemos por aquí. Yo esperaba mucho de las fuerzas que habían quedado sobre Santiago y de nosotros mismos.

Haria una hora que se había despachado el correo con esta correspondencia, cuando nos llegó nueva noticia de movimiento de fuerzas contra nosotros las cuales se habían sentido por Jinamagas, camino de Santiago; pero como el día anterior se habían cruzado algunos disparos entre una guardia nuestra y una pequeña partida de desafectos que, bajo las órdenes del gral. Juan Fernández, se habían mantenido siempre de Esperanza a la Peñuela, creyó el gral. Monción que sería esta partida que habiendo pasado a la orilla izquierda del Yaque, habría asomado por Jinamagas, y mando reforzar la guardia.

Pero a medio día nos trabajaron la noticia positiva de que el enemigo, con fuerzas respetables, marchaba contra nosotros; y aunque todavía lo dudaba el gral. Monción, los primeros disparos contra nuestra avanzada le hicieron conocer la realidad, y sin previa disposición ni nada que nos permitiera disputar aquel puesto, por otra parte insostenible contra las fuerzas, superiores en número, que nos atacaban a paso de carga, se empeñó un combate desordenado con nuestra infantería lanzada adelante, mientras que la caballería, por orden del gral. Monción, se retiraba para pasar el río de Amina. Advertido yo de este movimiento por indicación de mi adicto amigo Luis Garrido, que se encontraba a mi lado en la desembocadura de los dos caminos por donde se nos atacaba y llegaba ya, batiéndose en retirada, nuestra avanzada, volvimos grupas para seguir la dirección general.

Pero como todo lo que se hacia desde algunos días era sin cálculo, sin obedecer a un plan fijo, nos retirábamos como quien quiere y no quiere, faltos de valor o de medios para resistir, pero sin tener la virtud de comprenderlo, declararlo y en consecuencia obrar enérgicamente, sin titubear y parandonos aquí, dando vueltas por allí, esperando tal cosa o más allá, empleamos más de tres horas para llegar de Amina a Mao, no habiendo dos leguas de distancia, y allí pensó el gral. Monción en pernoctar, contra la opinión de todos los que, no pudiendo acariciar ya ninguna ilusión en aquella columna bajo su mando, insistíamos en continuar la retirada con orden para que la tropa no se desbandara. Pero volviendo a su teme de creer falta de aliento para perseguirnos a un contrario que no se le oponía será resistencia en ninguna parte, y sin embargo de haberle comunicado ya un aviso que había recibido de que estaba pasando el

rio de Mao, no cedia de su obcecación y me contestó: "que personalmente queria cercionarse de la verdad yendo al paso del rio". Menté a caballo y le seguí con algunos de mis oficiales, pero a mitad de distancia supimos que era cierto, y que no se debia perder tiempo para continuar la retirada, ya que no habia resolución para tratar de contenerlo.

El gral. Monción volvió camino y llegado a la plaza de Mao dió las órdenes consiguientes; pero retenido entonces yo por el deber de esperar que se me unieran dos oficiales primos míos, que habia consentido en que fueran a sacar unos caballos que tenian en un campo próximo, busqué pretexto para permanecer algunos minutos mas en la plaza, coincidiendo la llegada de ellos con el ataque del enemigo, repartido en dos alas para envolvernos, tuvimos que encomendar a la ligereza de nuestros caballos la tarea de sacarnos de aquel lance comprometido y de unirnos a la caballería nuestra, que galopaba camino de Guayubín, lo cual conseguimos sin experimentar mas desgracia que el balazo asestado a un oficial santiaguero, de nombre Valoy, a tiempo que montaba a la grupa de un jinete. Nuestra infanteria se habia lanzado al monte y como teniamos camino franco, aunque lleno de pantanos por la lluvia que habia caido durante casi toda aquella tarde, y no eramos perseguidos sino por infanteria, pronto nos vimos libres del alcance de sus armas y envueltos por las sombras de la noche; pero protegidos despues por una brillante luna, continuamos sin tropiezo nuestro camino y llegamos a las doce al paso de Mangá desde donde se puso al habla el gral. Monción, con las autoridades de Guayubín para comunicar algunas órdenes. Una hora despues nos volviamos a poner en marcha y llegamos a las dos al Posito, frente al Guayubín por el camino de Dajabón con el Yaque de por medio, sitio designado por el gral. Monción para establecernos.

El 20 por la tarde, resuelto el gral. Monción, segun me dijo, a hacer a la columna del gral. Heureaux, que era la que nos habia derrotado en Amina y Mao, una guerra de guerrilla y emboscadas que le habia sido muy familiar y ventajosa, en otros tiempos, en aquel terreno de él tan conocido, en la cual no podria acompañarle yo por no ser práctico en aquellos sitios ni tener confianza en la fuerza de mis piernas, que es lo mas indispensable para ese sistema de guerra, me invitó a pasar con mi E. M. al campamento del gral. Pablo Reyes, al cual encomendada la observación y defensa del camino del Sur. La estancia en el Posito era insoportable: no taníamos comida ni para la gente ni para los animales, y mas por librarme de esta escasez me

avine a la separación; pero ocurriéndoseme de improviso que se podría tal vez hacer algo por el Sur, pedí al gral. Monción que me diera al gral. Juan de Vargas, quien, procedente del extranjero, había llegado aquel mismo día donde nosotros y con él y mi E. M. salí en aquella misma tarde para mi nuevo destino. Dormimos en Macabón, y encontrando el 21 por la mañana a mi amigo el gral. Tomás Castillo, que venía del Sur me solicitud de auxilios para encender la guerra en aquella region, lo hice volver conmigo, y concertamos inmediatamente un plan de invasion hacia aquellas comarcas con cien o ciento veinte hombres que estarían en mi mano. Era para mí de buen presagio, y por ello me felicitaba, el que se me hubiese ocurrido llevarme al gral. Juan de Vargas, tan práctico e influyente como lo era el gral. Castillo en el Sur.

Llegamos a las nueve de la mañana a Dajabón, y allí resolví pasar el día para comunicar mi plan al gral. Monción, con el fin de hacérselo aceptar, y que en consecuencia diera orden al gral. Pablo Reyes de que me siguiera con las fuerzas que tenía a su disposición, y el gral. Ramón D. Pacheco, Jefe Comunal de Dajabón, la de que me proporcionara mil cápsulas para aumentar nuestra provision. Yo continuaba creyendo inocente! que el gral. Monción podría hacerse fuerte en su distrito.

El 22 a las diez de la mañana, despues de preparar el gral. Pacheco a ejecutar las órdenes que debía recibir para favorecer este plan, en el cual tenía él grandes esperanzas, salimos para la loma adonde acampaba el gral. Pablo Reyes, y le encontramos a mitad del camino, en su casa de familia. Tres horas despues continuamos la marcha para el lugar que se me designaba por mas cómodo para una estancia de tres o cuatros días, y llegamos a las cinco a la habitación que se nos había preparado frente a la del gral. Eusebio Cabrera, en la loma a la cual dió este nombre el célebre copartícipe del grito dado el 16 de agosto de 1863 en Capotillo. Quedaban ya unidos tambien a mi cuerpo a mi suerte el gral. Tomás Castillo, y tres compañeros que había traído del Sur, y nos instalamos perfectamente.

Allí resolví esperar las comunicaciones del gral. Monción y otras de Sabaneta que había solicitado para conocer el estado de las cosas por allá. Las del gral. Monción me alcanzaron el 23: aprobaba mi plan y daba orden al gral. Pablo Reyes de que me siguiera al Sur con las fuerzas que tenía bajo su mando; y el gral. Pacheco me anunciaba la remision de las mil cápsulas de que habíamos hablado. Me agregaba además el gral. Monción: "Ayer 21 me llegó una carta

de don Generoso Marchena que se halla en Mao, haciéndome proposiciones para entrar en un arreglo; pero ya Vd. debe suponer que respuesta habré dado a semejante proposición." El seguía confiando en la lealtad y adhesión de su distrito y en sus propios bríos, y aumentaba mis esperanzas, días atrás muy decaídas.

Resuelta la invasión del Sur el 24, y fijada la marcha para el 20 ó 27, empleé ese día en dar algunas órdenes para la reunión de ganado, y en escribir a los grales. Sabastián E. Valverde, Juan C. Portalatín y Norberto Tiburcio, por vía de Sabaneta, para comunicarles este movimiento, mantener su fe y prepararlos para que nos pusiéramos en comunicación y aun nos diéramos la mano por Constanza tan pronto como nos encontráramos nosotros en San Juan. Con cien o ciento veinte hombres resueltos y bien armados, como los que teníamos, y oficiales tan competentes valerosos como los grales. Reyes, Castillo y Vargas, nada tenía de dificultoso el éxito de aquella operación y tanto más cuanto que el Sur, y principalmente en San Juan, la revolución contaba con muchos partidarios que solo esperaban tener una base de apoyo para manifestarse tomando las armas. Pero las cosas debían pasar de otro modo!

A las once de la noche de ese día recibí la noticia de que Monción se había retirado del Posito a Baboso, y comunicándome el gral. Pablo Reyes, que me la daba, temores de que el gral. Calazán Carrasco, que sabíamos trataba de reunir algunos descontentos, atacara a Dajabón me pidió autorización para irlo a perseguir en el acto, se la di y le ofrecí reunirme a la mañana siguiente si oíamos fuego hacia aquella población.

Así aconteció: como a las siete de ella del día 25 oímos una descarga, y con toda la gente que me acompañaba salí al encuentro del gral. Pablo Reyes y llegamos hasta su casa en el Corozo. En ella me aseguraron que la descarga que habíamos oído no se había disparado por el lado de Dajabón, que nos quedaba al Norte, sino hacia los Almácigos, que nos quedaban al Este, y no pudieron darme razón ninguna del gral. Pablo Reyes. Aprovechando la oportunidad para llevarnos las mil cápsulas que me había enviado allí el gral. Pacheco, volvimos para nuestro puesto en la loma de Cabrera a las doce del día.

En el camino encontré un expreso, que corría en alcance mío, con la inesperada nueva de que el gral. Monción, había llegado a la Loma retrocediendo ante las fuerzas del gral. Heureaux. Contra él se

habia hecho la descarga que oímos por la mañana (Véase la Nota final.)

Todo se trastornaba: mi última y fundada ilusión se desvanecía. ¿Dónde estaba el gral. Pablo Reyes? Podía estar cortado de nosotros por el enemigo lo mismo que nosotros del gral. Monción; pero mi camino mas seguro era el que llevaba este, y lo seguimos hasta alcanzarle a las dos de la tarde. Quería conocer por su propio relato el nuevo infortunio de que éramos víctimas; pero estaba triste, confuso, y respetando yo su abatimiento y haciéndome cargo de la situación, porque me sentia mas despejado, le invité a que no paráramos hasta el lugar que habia servido para campamento al gral. Pablo Reyes en la loma de la Garrapata. Llegados allí resolvimos esperar a este y pasar la noche; y aunque a las doce fuí invitado por el Secretario del gral. Monción en nombre de este, a que siguiéramos la marcha a esa hora, me negué resueltamente a ello, declarándole que esperaria el dia y al gral. Pablo Reyes.

Vino el dia, pero el gral. Pablo Reyes no llegó. Habia pues que renunciar a todo y pensar en la conversación personal. Estábamos a 26.

Despachamos de allá, bajo la protección del gral. Juan Garrido (que habia sido puesto en libertad en premio de los servicios de sus hermano Luis) la poca tropa que nos acompañaba y algunos oficiales, con órden de que pusieran en libertad a los prisioneros Espailat, Garcia y Cabrera, que habían sido conducidos a la Loma, y el consejo de que se sometieran al Gobierno presentándose al gral. Heureaux.

El gral. Castillo y sus compañeros volvian para el Sur, y el gral. Monción y yo, acompañados de los parientes y amigos Sres. Mariano A. Cestero, Roman Moncion, Dimas y Samuel de Moya, Ricardo Pimentel, Ricardo Martínez, C. Armando Rodríguez, Lorenzo y Deogracias Marty, Elizardo Guerrero, Manuel Soñé, Luis Gómez, Santiago Jimenez, Pablo Garcí, Rafael García Martínez, Juan de Vargas, Pedro Antonio Frias, Man.¹ Ma. Morilla, Fran.^{co} Reyes, José H. Espinosa, Miguel Ant. Soler y Ezequiel Ureña, resolvimos pasar al territorio haitiano. Principiaba la expiación!

‘Todo habia terminado p.^a mi!

Y como!

Llevaba sobre mi conciencia el torcedor-de haber participado sir.

fe, sin entusiasmo ninguno, en un movimiento revolucionario, que se hacia con mi nombre por bandera y mis principios por propaganda, y cuya causa podia atribuirse a una ambición de que yo -desgaciadamente- tal vez para su éxito no sentia el estímulo. No habia tenido energía suficiente, bien para hacerlo llevar por mejor camino despues que me comprometí en él, o bien para renegarlo cuando me convencí de mi impotencia, y dejé seguir los acontecimientos entregado a una especie de fatalismo poco excusable en situaciones tan graves. Mi limitado haber y el de mis parientes se habian hundido en ese abismo, quedaba mi crédito comercial comprometido por una deuda respetable, y mi crédito político y mi reputación militar profundamente lesionados; y por sobre todo esò, lo que debia ser mas sensible: había quizas para siempre, la causa liberal y habíamos tenido la desdicha de ver caer, unos tras otros, a muchos de sus mas esforzados defensores. 'Ellos, ni nadie, tendrá sin embargo derecho de arrojar sobre mi cabeza estas calamidades: la Revolución era justa y todos los que tomaron parte en ella la querían!

.....

Por lo que respecta a los campamentos que quedaron en el interior, estos, despues de haber renunciado al plan que habian concebido el 16 de atacar a Moca, por preferir aventurar el mas trascendental de un golpe de mano contra la fortaleza de Santiago, arremetieron heróicamente a esta en la noche del 18, fracasando tambien con sensibles pérdidas; y esto, el agotamiento de las municiones y la inesperada reacción operada en el distrito de Monte Cristi, los persuadió a deponer las armas, firmando Convenios con los representates del gobierno, el 15 de octubre en Puñal, el 18 en la Ceibita (López), el 19 en el Zanjón y Guaco y el 21 en Arenoso, los cuales garantizaban la irresponsabilidad por los actos de la guerra, la amnistia general para todos los que habian tomado parte en ella o habian sido presos por su causa y algunos de los gastos hechos pa. el sostenimiento de esos campamentos.

Los derechos de la Libertad quedaban aplazados.

Turks Islands, Nov. 30 del 86

CRO. N. DE MOYA

NOTA

Nota: Ya en el extranjero supimos que la descarga que decidió la última retirada del

gral. Monción había sido hecha por fuerzas del gral. Pedro Rodríguez, amigo nuestro que andaba en busca de aquel para unírsele; pero sorprendido por una descubierta que había mandado el gral. Monción hacia aquel lado, se hicieron fuego ántes de reconocerse; y como este no esperó el regreso de los exploradores, porque el fuego hecho a ellos le hizo suponer que estaba envuelto, pues se habían visto tropas también en la dirección opuesta, llegó a la loma donde me encontraba yo bajo la impresión de que era perseguido por las enemigas. Lo que debía ser para nosotros un auxilio, fue causa del último fracaso por consecuencia del pánico. En estas burlas se complace el destino!

Sin embargo, el gral. Toribio Gómez, que acompañaba al gral. Monción como Jefe de E. M. me dijo al saludarme aquella tarde. "Todas las derrotas han sido malas; pero la de hoy no puede justificarse, General, pues teníamos ciento tres hombres de infantería y como 40 a caballo la crema de nuestra gente resueltos a pelear y ya bien plazados en una eminencia y casi todos los hemos perdido por la precipitación de nuestra fuga. 'Que vergüenza! añadió'....."

C. N. de Moya